

## Introducción

Abarcar una historia no es tomar partido por una estructura inmutable ni por un caos de acontecimientos aleatorios: es entender tanto lo que permanece como lo que cambia. Es comprender a la vez coherencias y acontecimientos. Las coherencias lo son en tanto pueden resistir a los acontecimientos. Otras veces son destruidas o transformadas por algunos de ellos. Los acontecimientos son tales en tanto pueden hacer surgir nuevas posibilidades de historia.

A lo largo del libro el lector se encontrará a cada rato con la palabra “historia”; más aún, con el intento repetido de dar cuenta de la historización de Freud y en Freud; con el pensamiento, también, de los historiadores propiamente dichos. La finalidad, por supuesto, no es ni enciclopédica ni erudita, sino traer más aguas al molino del psicoanálisis.

El psicoanálisis tiene, como todo dominio científico, autonomía relativa; pero si no se establecen fecundos intercambios con aportes procedentes de otras disciplinas esa autonomía corre el peligro de convertirse en autismo. En esas fronteras, en donde se encuentran las pertinencias de los distintos discursos, se debe eludir la tentación de suplir las carencias conceptuales mediante la utilización de nociones vagas empleadas de forma retórico-analógica. Es en esos bordes donde las legitimidades e incompatibilidades deben definirse en la forma más rigurosa posible.

Confrontar el modo de pensamiento de la época de Freud con el de nuestro tiempo ayuda a que el psicoanálisis no se convierta en un sistema autosuficiente. Todo sistema que no puede ser perturbado por ruidos nuevos es llevado a una clausura mortífera y a su extinción, según el principio de la entropía. Esto rige tanto para la teoría y las instituciones psicoanalíticas como para las sociedades o las culturas que, al estereotiparse, se empobrecen y desaparecen.

Los paradigmas contemporáneos no son los que regían cuando Freud elaboró su teoría. Qué nos aporta el horizonte epistemológico actual? La ciencia se constituyó ganándole terreno al azar. El primer triunfo de la ciencia sobre el azar culminó en el siglo XIX con el mecanicismo. En la fortaleza determinista constituída por la mecánica newtoniana y la teoría del electromagnetismo, el azar parecía pulverizado a golpe de ecuación diferencial. Pero esa marcha triunfal se detuvo a comienzos de este siglo. La acumulación de una serie de evidencias cuestionó la visión determinista del mundo, y el azar volvió, pero ya no era el de antes.

Aquel determinismo le reservaba muy poco lugar a lo aleatorio en la causalidad. Su aspecto positivo era la predictibilidad y el negativo, el fatalismo. Entre el determinismo duro, por el cual todo lo que acontecerá en el futuro está escrito en algunas parte, y la reivindicación del azar, los psicoanalistas debíamos tomar posición acerca de la libertad, la creatividad, la responsabilidad, la ética.

Pensar la historia es pensar en un determinismo ligado al pasado, pero también en un devenir relacionado con los acontecimientos que reorganizarán los procesos en curso. Como se advierte, la reflexión con respecto al determinismo y a los nuevos paradigmas nos conduce enseguida a un replanteo de la temporalidad y la historia en psicoanálisis. Integrar el azar en el seno del determinismo permite conceptualizar la aparición de lo nuevo.

Los psicoanalistas de todas las corrientes posfreudianas coincidimos en decir que la realidad psíquica es producto de las series complementarias, pero el desacuerdo comienza no bien explicitamos qué estatuto teórico y qué eficacia terapéutica le atribuimos a cada uno de los elementos de la serie. Preguntarse por el tipo de determinismo presente en los escritos freudianos podría ser bizantinismo si no nos sirviera para discriminar los efectos del vivenciar actual, que hace emerger clínicamente algo que hubiera permanecido en estado potencial.<sup>1</sup> Como se verá, se torna crucial el concepto de neogénesis (tanto en el registro de las representaciones como en el de los afectos).

En el posfreudismo la búsqueda de las determinaciones infantiles se ha convertido en el encuentro del fatalismo, como si analizar fuera refrendar el Destino. De ahí el tono lúgubre de un psicoanálisis que interpreta monótonamente la repetición. Pulsión de muerte, sí, pero vamos a negar que la repetición está afectada por la diferencia? Contrarrestemos ese determinismo a ultranza, hijo de la repetición, que ve repetición en todas partes.

Propondré dilucidar un gradiente desde formaciones de compromiso en las cuales predomina la repetición, hasta formaciones de compromiso que introducen la diferencia, la creación, la temporalidad. Sólo teorizando acerca de las dimensiones creativas de la vida psíquica lograremos definir metas legítimas, inherentes a cada proceso analítico, y no propuestas por el analista desde sus ideales o ideología. Metas no normativas sino fundamentadas metapsicológicamente.

Muchas veces el eje de las controversias entre psicoanalistas ha sido si el análisis produce o no modificaciones de “estructura”, sin dilucidar demasiado lo que entendemos por estructura. Considero que hay cambio de estructura (y no hago otra cosa que seguir a Freud) cada vez que se produce una transformación dinámica y económica de las relaciones del yo con el ello, el superyó y la realidad exterior. La cura aspira a modificar las relaciones intersistémicas, pero no implica acceder a un ideal previsto y prefijado de un analizando modelo. Interpretaciones y construcciones permiten que el analizando se apropie de un fragmento de su historia y reconstruya su sentido. Posibilitan una nueva versión sobre el pasado y nuevas ilusiones para el futuro.

El hombre se libera -y ésa es la libertad posible- del pasado que pesaba oscuramente sobre él, no por el olvido sino por asumirlo conscientemente.

Ampliar el repertorio de respuestas es incrementar el grado de libertad, sustituyendo, hasta donde es posible, la compulsión por la elección. Freud teorizó acerca de la compulsión a la repetición. Consideraré, además, la compulsión a la idealización y a la adaptación. Aspiramos a sustituir estas compulsiones por elecciones. El trabajo analítico “no está destinado a imposibilitar las reacciones patológicas, sino a procurar al yo del enfermo la libertad de decidir en un sentido o en otro” (Freud, 1923).

---

1 Se trata de dilucidar los efectos de la realidad actual en la realidad psíquica, profundizando ciertos desarrollos de Freud (1919): “Lo ominoso del vivenciar se produce cuando unos complejos infantiles reprimidos son reanimados por una impresión, o cuando parecen ser reafirmadas unas convicciones primitivas superadas”. La termodinámica de los sistemas cerrados marcó el desarrollo de las ciencias a comienzos de siglo. Por eso, Freud, que concibió al inconsciente como un sistema abierto, lo modeló como un sistema cerrado.

Historia, conflicto, formaciones de compromiso, repetición, transferencia, inconsciente, sexualidad son fundamentos que sostienen mi práctica. Estas son las herramientas que utilizo para dar cuenta de la capacidad de un sujeto de innovar, de inventar, de sustraerse parcialmente a la compulsión a la repetición mediante esa simbolización historizante que es el análisis.

La historia en el trabajo analítico no es un registro olvidado y congelado del pasado que es posible de descifrar, sino que se hace durante el tratamiento mismo: se apuntala en el pasado, se lo apropia y lo transforma.

Recordar para poder olvidar. Esta aparente paradoja resume bien la concepción freudiana del proceso analítico. La amnesia infantil eterniza el pasado. Lo olvidado por la amnesia infantil es incluso más activo que lo recordado. Hay un olvido por ausencia de memoria preconsciente, y es ahí donde la historia carga los datos. Y un olvido porque se pasa del principio de placer al principio de realidad, y se introduce otra temporalidad. Una de las maneras para distinguir entre ambos principios es recurrir a la categoría de la diferencia. El principio de placer tiende a ignorarla y a organizar un campo en donde el después se presenta como el retorno del antes y la alteridad como identidad. El principio de realidad, en cambio, respeta la diferencia ya que exige que todo elemento se sitúe en relación con el antes y con el después, con lo mismo y con la alteridad.

Volveremos a formularnos viejas preguntas. ¿Cuál es la relación entre verdad material, verdad histórico-vivencial y realidad psíquica? En vez de oponer realidad a fantasía -esa vieja respuesta-, buscaremos articular los acontecimientos históricos significativos y los montajes fantasmáticos en los cuales se inscriben. (La articulación es posible. El desafío es articular bien.) Además, lo que no es menos importante, cómo interpretó el sujeto lo vivenciado de acuerdo con las causalidades atribuidas.

Aunque la interpretación contenga una dimensión ficcional (ya que enunciar una interpretación no puede eludir su relación con el lugar singular de su producción) ¿podría el análisis desentenderse de la verdad histórico-vivencial?

Solemos acordar que la historia se construye desde el presente. ¿Cómo? ¿Inventando un pasado? Esa historia, ¿consiste en develar algo ya existente?

Los historiadores contemporáneos sostienen que la historia es el resultado del esfuerzo mediante el cual el historiador establece vínculos entre el pasado que evoca y su propio presente. Cuestionan así las dos grandes y tradicionales concepciones de la historia: el nominalismo y el realismo. Para el nominalismo la historia se reduce al conjunto de los discursos acerca del pasado. Una realidad pasada no es exhumable; sólo puede haber discursos sobre ella. El realismo concibe al pasado como una realidad que se trata de restaurar. Cree que sólo los acontecimientos en sí constituyen la historia, que la cronología los ordena y que el historiador debe despojarse de toda interpretación.

Tanto en historia como en psicoanálisis hay actualmente una revalorización del acontecimiento. Ya no se lo entiende como la emergencia de una realidad ante el saber de un observador ingenuo. Por

eso, acontecimiento o estructura es una falsa alternativa, ya que el acontecimiento en sí designa una relación. Lejos de oponerse simplemente como interno y externo, como subjetivo y objetivo, la fantasía y el acontecimiento están estrechamente ligados. Ni la fantasía es una producción psíquica independiente de toda huella de acontecimientos vividos, ni existe un trauma radicalmente exógeno en el que el acontecimiento puro se inscriba, indiferente del mundo fantasmático.

Desde el comienzo de la vida todo sujeto enfrenta ciertos duelos, privilegia ciertos mecanismos de defensa, compone una realidad vincular. Esas experiencias vividas serán -según los casos- reprimidas, siempre reconstruidas cuando el recuerdo persiste. Esa historia que construye es suyo y sólo suya. Es de esta historia que el analista tratará de forjar una nueva versión.

Disponemos de una teoría, un método y una técnica, pero precisamente la freudiana es una metapsicología que sea autolimita al indicar los límites de la teoría en la práctica. Para que la interpretación analítica no se convierta en un sistema interpretativo tan universal como ineficaz, lo primero es no sustituir la historia singular por una historia infantil abstracta, supuestamente proporcionada por la teoría.

Si trivaliza el descubrimiento del inconsciente si no es pensado en su singularidad. A esa singularidad se accede al actualizarlo en la situación analítica que conjuga la asociación libre con la atención flotante en un contexto transferencial. Pero he aquí que el analista también es singular. Puede que privilegie ciertas opciones teóricas, pero si lo que hace es análisis, ellas se someterán a la prueba de la práctica. Una elevación teorícista que la eluda puede conducir a una mistificación.

Intentamos recuperar -y a menudo recuperamos- el pasado olvidado con las preguntas que le formulamos desde el presente. Nuestra masa documental excede el relato histórico del paciente si escuchamos, además, lo que insiste como repetición.

El psicoanalista procura dar respuesta al siguiente interrogante: ¿cómo fue la infancia? Pero, sobre todo, ¿para quién? Ese “para quién” remite al niño que la vivió.

El análisis es un lugar de rescate pero también de producción. No somos arqueólogos: trabajamos desde la transferencia. La transferencia aproxima tanto como es posible la repetición y el recuerdo, ya que el pasado es revivido y, a través de la interpretación y la construcción, lo que se repite es recordado y resignificado. El proceso analítico no es una tarea intelectual de recolección del pasado sino que éste es interpretado desde la densidad del presente.

La iniciación de un análisis resulta de un encuentro único, irrepetible, de un paciente con su historia y un analista con su historia (personal, teórica, analítica, práctica) y una disponibilidad para la escucha. Ese encuentro será el punto de partida de una historia transferencial que permitirá al paciente resignificar su historia y al analista afianzar o cuestionar su práctica, sus teorías y (¿por qué no?) su vida.

El analista, en el mejor de los casos, estará al servicio de la escucha del otro como otro (tanto en relación con su realidad psíquica como con sus referencias teóricas); en el peor de los casos,

avasallará lo nuevo, reduciendo este encuentro a una réplica de algo ya vivido o ya leído. La propia historia del analista -esa temible subjetividad- interviene y condiciona la marcha de un análisis. Pretender que el analista sea reductible a una función (esa ilusión de objetividad absoluta que todavía algunos sostienen) es una exigencia que desvitaliza la experiencia analítica o abre las puertas a ese escepticismo al que tantos analistas se precipitaron (como siempre que se enuncia un ideal cuya realización práctica tropieza con obstáculos insalvables). La neutralidad no elimina todo intercambio afectivo en el trabajo analítico. La transformación de un saber teórico en un discurso vivo implica que el analista invista sus intervenciones con un potencial afectivo que remite a su propia historia libidinal.<sup>2</sup>

Un abismo suele existir entre aquello que se dice en los intercambios “científicos” formales y lo que acontece en la práctica cotidiana. Lo que sucede en los consultorios es más proteico y más rico que lo que se expone en los escritos psicoanalíticos. Tal vez una de las causas de cierto malestar en los eventos científicos sea el desfase creciente entre los cuestionamientos que surgen desde lo más denso de la aventura clínica y lo que se puede (o no se debe) decir ante los colegas. A menudo, cuando se habla de clínica lo que sustituye la densidad del intercambio analizado-analista es un soliloquio (¡y no precisamente del analizando!). Para el lector que quiere acceder a un diálogo, suele ser irritante encontrarse ante un soliloquio. Deseaba la proximidad y se enfrenta con una barrera. Si bien es difícil transmitir lo que acontece en la práctica analítica, me parece saludable “concederle la palabra al paciente” (Freud, 1937 a).

Hoy la ciencia describe al mundo de manera diferente de como lo hacía cuando Freud escribió sus escritos metapsicológicos. Durante varios siglos predominó en ella la idea de simplicidad, pero ahora busca dar cuenta de la complejidad, con las herramientas adecuadas a este nuevo contexto.

Los modelos de la física clásica utilizados por Freud valen sólo para los sistemas próximos al equilibrio. La antigua termodinámica ha sido profundamente transformada por la conceptualización de las estructuras disipativas, las que permiten comprender (si nos atrevemos, como Freud, a abreviar en las ciencias de nuestra época, que no es la de Freud), mejor que con la mecánica newtoniana, el orden abierto del funcionamiento psíquico.

Cerca del equilibrio, las leyes de evolución son lineales; lejos, los procesos se articulan en disposiciones singulares, susceptibles de cambios cualitativos. Disposiciones que permiten explicar la novedad sin reducirla a una apariencia.

Cuando los sistemas se alejan del equilibrio termodinámico, la mínima fluctuación (antes irrelevante) decide ahora el futuro. Los sistemas dejan de adaptarse y tienden a nuevos e imprevisibles estados que, por su alejamiento del equilibrio, se llaman estructuras disipativas. El acontecimiento aleatorio (el que se encuentra en la intersección de dos cadenas de causalidad totalmente independientes) tiene un rol primordial en los sistemas complejos. La evolución de

---

<sup>2</sup> Mediante la transcripción de varias entrevistas y los comentarios que ellas me suscitaron relataré, en los capítulos 6 y 7, este encuentro de dos historias como punto de partida de una historia transferencial. Si bien no es un historial ni una epicrisis, espero ilustrar en esos capítulos mi modalidad de articular la metapsicología con mi práctica cotidiana en la iniciación de un análisis.

estos sistemas alejados del equilibrio depende de una sucesión de bifurcaciones. Entre bifurcación y bifurcación, se produce una “meseta” en donde prevalecen las leyes deterministas, pero antes y después de tales puntos críticos, reina el azar. Sólo por retroacción es posible comprender el proceso; durante su transcurso no hay más que incertidumbre. El concepto freudiano de retroacción anticipó las teorizaciones contemporáneas acerca del caos determinista (me referiré a ellas en el capítulo 3).

Si ante perturbaciones aleatorias el sistema, en lugar de quedar destruido o desorganizado, reacciona con un aumento de complejidad, es definido como autoorganizador. La lógica de los sistemas abiertos autoorganizadores se expresa en el azar organizativo como principio de complejidad por el ruido. La ciencia moderna confiere al azar un lugar creciente a la hora de explicar fenómenos complejos.

La oposición entre estructura y acontecimiento ya no es tajante en la medida en que una fluctuación menor tiene un rol esencial en la constitución de la estructura y en su quiebra. Lo aleatorio interviene en la constitución del psiquismo, en la vida actual de un paciente y en el trabajo analítico.

Freud, en el Esquema del psicoanálisis, dice que la meta de Eros no es recuperar un estado anterior sino que apunta a algo que no había sido vivido, lo que implica que la pulsión no es solamente conservadora, y sale de esta contradicción apelando al mito platónico del andrógino, por el cual Eros tendería a reconstruir una unidad perdida.

Freud, a lo largo de su obra, consideró los principios fundamentales que rigen los sistemas naturales. Porque conocía los principios de la termodinámica de su época consideraba a la energía libidinal según el principio de conservación de la energía. Pero, actualmente la idea del psiquismo como un sistema cerrado con una energía constante es un punto de estancamiento de la reflexión psicoanalítica. Ese horizonte epistemológico de Freud permite entender el lugar privilegiado que le asignó a la repetición, al retorno de lo mismo. Sólo disponía de una termodinámica de los sistemas cerrados. Los desarrollos actuales muestran que un sistema abierto puede conducir, no al equilibrio, sino a una mayor complejidad.

Contra la pulsión de muerte -cuya meta es “disolver nexos y, así, destruir las cosas del mundo”- lucha la pulsión de vida- cuya meta es “producir unidades cada vez más grandes y, así conservarlas, o sea, una ligazón”-. Es Eros el que complejiza. La complejización es la única manera de hacer comprensible el mantenimiento del principio viviente. La opción es: complejidad o muerte, no por mandato ideológico sino por coherencia teórica.

Todo lo producido por un analizando en la situación analítica puede ser pensado en términos de formaciones de compromiso: las relaciones de objeto, la imagen de sí, los rasgos de carácter, las inhibiciones, las sublimaciones, las formaciones reactivas, la representación corporal, los proyectos, las fantasías, la sexualidad, los afectos, los sueños, los actos fallidos, los chistes, las repeticiones, la transferencia, los síntomas.

Consideraré al síntoma, al sueño y al chiste como los prototipos de formaciones de compromiso. Los concibo como prototipos no sólo porque son primeros ejemplares desde el punto de

vista histórico sino también porque representan y conjugan, dentro de cada uno, el más alto grado de las características de la serie que inauguran.

De esos tres prototipos se ha profundizado la metapsicología de la serie del síntoma (que concierne a la psicopatología) y de la serie del sueño (que concierne a la modalidad habitual de procesamiento psíquico). Pero no hemos elaborado una metapsicología de la serie del chiste. Las dimensiones creativas de la vida psíquica siguen esperando una mayor conceptualización.

La compulsión a la repetición es una simbolización repetitiva. Pero, ¿toda simbolización está condenada a la repetición? El chiste, el jugar, la sublimación, los vínculos actuales, el humor resultan de procesos creativos. Son simbolizaciones abiertas que al conjugar pasado, presente y futuro articulan la repetición con la diferencia.

El chiste es una formación de compromiso paradigmática de un “juego desarrollado” (así lo califica Freud), a diferencia de otras formaciones de compromiso que son rituales estereotipados, congelados, fijados, eterno retorno de lo idéntico. “Juego desarrollado” es también sublimación, con su particular alianza entre principio de placer, de realidad, de creación. Es un retorno de lo reprimido procesado desde la complejidad de una historia identificatoria, que permite desplazamientos simbólicos de los objetos primordiales.

“Juegos desarrollados” son también los vínculos actuales que reconocen la alteridad del objeto con respecto al objeto fantaseado. Para algunos psicoanalistas, no todos los vínculos actuales significativos tienen relación con lo inconsciente, lo que implica la concepción de un yo autónomo. Otros conciben los vínculos actuales como meras réplicas de los objetos fantaseados. Presentan al psiquismo como un sistema cerrado, tal vez porque la perspectiva es solipsista. Por mi parte, entiendo los vínculos actuales como formaciones de compromiso. No hay relación actual investida que no sea soporte de transferencias y que no remita a la realidad psíquica y, por lo tanto, a la historia. Investir objetos actuales supone un trabajo psíquico de articulación entre objeto fantaseado y objeto real. No hay autonomía del yo en relación con su historia libidinal. Pero tampoco hay autonomía del yo en relación con su realidad actual. Si la hubiera, más que autónomo, el yo sería autista.

Los mismos conflictos conducen en unos al empobrecimiento libidinal y narcisista, pero en otros, a formaciones de compromiso correspondientes a la serie del chiste. Estos transforman sus necesidades singulares en finalidades originales, y convierten sus labilidades en potencialidades creativas.

Publicar un libro indica que se consumó cierto recorrido. Nuestras ideas surgen a partir de la práctica y de las lecturas, así como de los intercambios científicos e informales, pero toda esa actividad de pensamiento suele permanecer anárquica, o peor, volverse efímera, si no es tramada en el trabajo de escritura. El pasaje de una forma oral a escrita no implica sólo un ejercicio de estilo sino una elaboración conceptual.

Publicar es interrogarse sobre los límites del análisis y de aquellas teorizaciones personales construidas a lo largo de una práctica analítica. Es un medio privilegiado (hay otros: supervisión, ateneos clínicos, etc) para escapar a esa irreductible soledad a la que la práctica nos confina.

Un analista que escribe busca interlocutores, intentando escapar a lo fusional, a lo demasiado pleno de la situación analítica. Freud le confesó a Abraham: “La respuesta a su pregunta de cómo haga para escribir,, además de atender a los pacientes, es muy simple: tengo que descansar del psicoanálisis mediante el trabajo, de lo contrario no podría soportarlo”.

Un escrito psicoanalítico tiene múltiples referencias: a una práctica, a una tradición teórica, a un análisis personal, a un horizonte epistemológico, a un contexto histórico-social. La trayectoria teórica es efecto de la transferencia que el proceso analítico tiene sobre su funcionamiento psíquico. Si bien la teoría nace de la transferencia, su formulación es una elaboración de la contratransferencia. Prolonga, a su manera, el autoanálisis del analista.

Cuando se nos pregunta por qué escribimos, echamos mano a diversas razones: para testimoniar, por placer, por deber, por culpa. Yo agregaría que escribo para continuar mi formación analítica: para cercar mejor y profundizar mis interrogantes, para conocer aquello que pensaron otros acerca de interrogantes parecidos a los míos y, tal vez, para aportar lo todavía no pensado.<sup>3</sup> Es luchar contra mis límites, asumiéndolos y, en fin, sobrellevándolos. Es intentar aprehender algo de la compleja experiencia de analizar para que no se sustraiga por completo a la actividad de elucidación.

Escribo, además, para comunicarme, para evitar que mi tarea como psicoanalista devenga un solipsismo tóxico. No hago otra cosa que seguir la recomendación de Freud: “Es muy difícil ejercer el psicoanálisis en calidad de solitario; pues se trata de una empresa exquisitamente comunitaria. Y en cualquier caso sería mucho mejor que todos rugiéramos o aulláramos a coro y en armonía, en lugar de que cada cual se limite a gruñir en su rincón”.

Dos seminarios que dicté sobre temas de este libro facilitaron el intercambio y el diálogo al permitirme aclarar, revisar y replantear muchas ideas expuestas. Tuve la suerte de recibir interrogantes, comentarios y críticas, quizá porque los buscaba, porque creo que el psicoanálisis puede ser una tarea “exquisitamente comunitaria” y porque (siguiendo el consejo de Freud) no me limité a “gruñir en mi rincón”.

“Práctica psicoanalítica e historia” fue el título del primer seminario organizado por el Foro Psicoanalítico de Buenos Aires. Y mientras redactaba el libro -tarea siempre solitaria- no dejaba de evocar las intervenciones de Gilberto Simoes, Julio Marotta y Emiliano Galende; así como la generosa colaboración de aquellos que expusieron sus investigaciones concernientes a la relación entre historia y psicoanálisis: León Rozitchner, Silvia Bleichmar y Tomás Eloy Martínez. Si incluyo la conferencia sobre “Ficción e historia” de Tomás Eloy Martínez es porque aporta herramientas conceptuales insoslayables para establecer distinciones entre verdad histórica y verdad narrativa (entre la lógica de la historia y la lógica de la verosimilitud novelesca).<sup>4</sup>

---

3 Ante todo es necesario saber plantear los problemas. Y dígame lo que se quiera, en la vida científica los problemas no se plantean por sí mismos. Es precisamente este sentido del problema el que vincula el verdadero espíritu científico. Para éste todo conocimiento es respuesta a una pregunta. Si no hubo pregunta, no puede haber conocimiento científico. Nada es espontáneo. Nada está dado. Todo se construye” (Bachelard).

4 “El significado de la palabra verdad rara vez es el mismo para el novelista y para el historiador.” Diferencia la biografía de la novela: “Escribir una biografía es una ceremonia teñida de prudencia (...) El historiador y el biógrafo parecen a menudo estar disculpándose por invadir ese territorio ajeno que es la vida del otro.” (Véase el capítulo 8)



En el segundo seminario, “Metapsicología y práctica cotidiana”, expuse algunos de los esbozos de lo que se leerá. Tuvo lugar en 1992 en el marco del colegio de Estudios Avanzados en Psicoanálisis. La mayoría de los participantes formularon sugerencias y críticas de inestimable valor. Ricardo Avenburg, Silvia Bleichmar, Vicente Galli, Rafael Paz y Carlos Schenquerman, con sus intervenciones, han dejado una impronta indudable en este libro. Mi particular gratitud a María Cristina Rother de Hornstein quien, con ese entusiasmo y esos lúcidos comentarios tan suyos, posibilitó que el proceso de escritura fuera menos solitario.

Mi reconocimiento a Griselda Pereyra que transcribió los manuscritos y a Ricardo Bruno quien, con su lectura y sus sugerencias, colaboró en transformar algunos borradores en un texto (así lo espero) legible.